

Narrativa

Gravitaciones y abismos

Mario Cuenca Sandoval
Los hemisferios

SEIX BARRAL
540 PÁGINAS
20,50 EUROS

ENRIQUE TURPIN

Uno de los epígrafes de *Los hemisferios*, tercera novela de Mario Cuenca Sandoval (Sabadell, 1975), da la clave de ejecución y lectura de la obra: “Todo es espejo”. En efecto, todo en esta novela tiene un reverso, una parte simétrica que completa el resto, como si fuera demasiado simple la realidad de las cosas y hubiera que buscarles el giro que las dotase de sentido global. Nunca ocurrirá eso, pues jamás se está en posesión de verdades íntegras, tan sólo se dispone de una mi-

rada que debe ser confeccionada con múltiples perspectivas de lo que acontece.

La obra asume el difícil reto de cartografiar realidades dispares, aunque entrelazadas por el objetivo compartido de tratar de dar sentido a una pasión amorosa fuera del tiempo. Para ello, Cuenca Sandoval vertebra el relato en dos mitades o hemisferios o novelas, la de Gabriel y la de María Levi. En la primera, se cuenta al estilo hitchcockiano de *Vértigo* el inicio del de-

se del tiempo de los protagonistas. La iniciación cultural, los viajes mediterráneos, el París ochentero, la Barcelona de la transición, en fin, el desencadenamiento de acontecimientos que darán pie a la creación de simulacros en los personajes para el resto de los días. En la segunda, contada al estilo dreyeriano de *Ordet*, se asiste a una bajada a los infiernos, entre humo tóxico de volcanes islandeses de nombre impronunciable y el estado inmaterial de fantasmas entristecidos que viven en el “Tercer Estado” de la materia. El cine, que tan presente está en la novela, ayuda al sentido de lo narrado: “Una buena película, decía Hubert, debería ser como un sueño muy largo y muy exacto, un delirio sostenido con precisión. Una buena película, decía Gabriel, debería ser como un sueño del que

se despierta tembloroso, empapado de sudor frío”. Esto es, Dreyer o Hitchcock, el segundo de los hemisferios de la novela o el primero. En cine tienen cabida ambos realizadores, pero en literatura se muestra prescindible la mitad de la novela que concierne al director danés.

Novela experimental y novela de la experiencia. Aun así, que la forma –y esa segunda parte de escaso relieve– no lastre el sentido: tres décadas en la vida de los personajes, convertidas por medio de la ficción en un sueño químico que, gracias a las incuestionables dotes artísticas de Mario Cuenca Sandoval, acaba convertido en un sueño lúcido. Visto el resultado final, es preferible la precisión sostenida del delirio que el sudor frío del despertar. |

Mitología

La inspiración

Joseph Campbell
Las extensiones interiores del espacio exterior
Traducción de Roberto R. Bravo

ATALANTA
240 PÁGINAS
21 EUROS

IVAN PINTOR IRANZO

Vivimos en el lapso de una respiración completa. Si inspirar nos devuelve a la primera acción que realizamos en el mundo, antes incluso de llorar, cada expiración nos hace partícipes del desapego con el que entregamos el aliento final. Como si de una sesión de hatha yoga se tratase, el último libro entregado a la imprenta por Joseph Campbell antes de morir se despliega en torno a un minucioso control del intercambio, de la transpiración entre interior y exterior. Con cada nueva postura, con cada uno de los temas que surcan el libro –el hinduismo, los símbolos cristianos, el papel del místico y el gurú– no sólo comparece una manera diferente de adentrarse en el espacio del mito sino también la afirmación de

una precisa correspondencia entre el microcosmos del cuerpo y la vastedad del universo.

Apoyándose en la imagen del planeta Tierra contemplado desde

el Apolo 11, Campbell arrastra al lector por un viaje que le lleva hasta la intimidad del cuerpo humano para devolverlo, con un gesto de reencantamiento, a la necesidad de despertar, de asombrarse, de tomar aire ante las imágenes del mito. Que *aisthesis*, la raíz griega del término estética signifique “inspirar” da la razón a Nietzsche, citado por Campbell, cuando sostiene que “la estética del arte no es otra cosa que fisiología aplicada”. Cer-

cano a las tesis de Gilbert Durand, pero con el ritmo cautivador de la oralidad, Campbell argumenta que tanto los mitos como los sueños provienen de una misma fuente psicofisiológica entre la imaginación humana y las exigencias de unos órganos corporales que, incluido el cerebro, no han cambiado en los últimos cien mil años.

¿Cómo se relacionan los arquetipos colectivos con las manifestaciones específicas de cada cultura? ¿Cuál es la labor del artista en el mundo contemporáneo? ¿Por qué existen correspondencias entre las prácticas ascéticas de todos los pueblos? ¿Cómo la religión nos protege de la experiencia directa de Dios? A través de su discurso palpitante, Campbell no sólo allana el camino de figuras contemporáneas como el embriólogo Rupert Sheldrake o el pensador Richard Tarnas sino que, como ya hacía en *El héroe de las mil caras*, advierte de la necesidad de entender que somos cosmos en forma humana o, como lo formulaba Plotino, que “todo respira al unísono”. |



Ofrenda para las esposas del rey de la mitología hindú Dasaratha, 1712
GETTY IMAGES

Novela

Hoy todo va mal

Socrates Adams
Todo va bien
Traducción de José Luis Amores

PÁLIDO FUEGO
160 PÁGINAS
14,90 EUROS

KIKO AMAT

Socrates Adams pertenece a una nueva generación anglófona post-internet que ha producido dos tipos de autores: los “blandos” tradicionales (Joe Dunthorne, por ejemplo) o los “duros” audaces (Ben Brooks o el espantoso Tao Lin). El mismo Brooks señala en una cita que rió con este libro como “no recuerdo haber reído jamás”. El autor Ben Myers, de una generación mayor, añade que “lloré de risa con un ojo y con el otro lloré

de tristeza”. Según se ve, los autores modernos tienen la risa y el lacrimal fácil, como los psicópatas pasivo-agresivos de las pelis que lloran por un perrito mientras, cargándose, le crujen los metacarpos a un inocente. En cualquier caso, el debut de Adams es una magnífica novela. G.K. Chesterton apuntó que “divertido no es lo contrario de serio, sino lo contrario de aburrido”, y *Todo va bien* acierta, siguiendo el mismo baremo, a ser seria y divertida a la vez.

Todo va bien entronca pues con el humor alicaído de Joe Heller, David Nobbs o Kurt Vonnegut. Es una obra sobre desazón, soledad y anhelo que, a pesar de lo enumerado, hace una gracia horrible. Uno se divierte con ella de la misma manera que con la serie británica *The office*: sufriendo. Hilaridad + Pade-cimiento, como las cosquillas que magullan. Al igual que en la serie citada, el escenario es la oficina moderna, un “archipiélago de totalitarismo rodeado de un contexto legal formalmente igualitarista” (dijo César Rendueles en su libro *Sociofobia*). Ian, el protagonista, malvive en ese archipiélago, intentando “establecer una relación de confianza” con los clientes de la empresa de tubos de plástico a la vez que soporta las constantes hu-

millaciones infligidas por su jefe, un jerarca loco estilo Calígula. Como el Reginald Perrin de Nobbs, Ian conserva algunos sueños: adelgazar, echarse novia y llevarla de viaje a los Alpes suizos. En un giro delirante pero efectivo, el vil mandamás le encarga que cuide de un tubo de plástico como si fuese su propio hijo. Y aún más: ese mismo tubo piensa, como aquella vasija antropomórfica de Tibor Fischer en *El coleccionista de coleccionistas*. Todo esto es puro Richard Brautigan –o sea: bueno– y la novela arrastra al lector por una serie de desventuras hacia un final semi-optimista. *Todo va bien* es tierna, breve, melancólica, ágil y nada solemne (ni, gracias a Dios, aburrida). Todo lo que algunos buscamos en un libro, vamos. |